

Cuentos esca**b**rosos

Patrick
Pareja
Flores

Cuentos esca**b**rosos

**Patrick
Pareja
Flores**

@ Patrick Pareja Flores
Autor

Primera edición con Trazos, agosto del 2023
con un tiraje de 1000 ejemplares

Impreso en Perú

Impreso en agosto del 2023,
en los talleres de Trazos Consultores Editores EIRL
Jr. Bolognesi 218 - Morales / San Martín / San Martín - Perú

Editado por:

TRAZOS Consultores - Editores E.I.R.L.
Jr. Bolognesi 218 / Morales /
San Martín / San Martín - Perú

Editor literario:

Miuler Vásquez González

Diseño y diagramación:

Imagen de cubierta: Bing AI
Diseño de cubierta: Miuler Vásquez González

ISBN: 978-612-5048-61-5

Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2023-07457

A mis dos **Maris**,
los amores que me ayudan a sobrellevar las penas.

A **Evita**, la mujer que me mostró cómo reírse de la nostalgia,
a pesar de los sacudones, las aves de mal agüero y las desgracias.

Recuerda, mamá,
por ti el fracaso es un muro,
un río furioso, hondo y oscuro,

Por ti, mamá, conocí a la derrota,
como una amiga de la casa, como una visita que nunca quiso irse.
Por ti, rompí el diafragma y los placeres, el silencio y la honestidad
en la mañana del domingo,
ese día mezquino y plagado de burócratas,
de adictos al alcohol.

Y sí, mamá, importa el día.
La fecha es un pordiosero al amanecer,
y el dolor es un abismo lleno de alacranes
en el estómago y en el corazón,
es la tripa picoteada por los gallinazos.

Y no hay misericordia. No hay tregua, ni lo habré.
Mamá, la pregunta permanece:
¿por qué no avisaste que la muerte te mostraba su rostro?
Le habríamos botado a patadas o, al menos, roto los dientes.
Habríamos hecho algo.

Mamá, era necesario despedirse.
Tu silencio,
tu final tierno y repentino,
no le interesó a la muerte,
a nosotros sí, a los que pegamos gritos a las nubes
y a las telarañas ociosas de tu lecho.

CONTENIDO

- 05 | Ostracismo
- 22 | Ya vine, mi amor
- 27 | Las desolaciones
- 36 | Historia de un
palurdo desahuciado
- 52 | Mudanza
- 59 | El artificio
- 63 | Chichón
- 68 | Imprecisión
- 71 | Una nación
suburbana
- 85 | Amor y drama
- 91 | Discurso para
condenados
- 98 | La última estrella
en Noche Buena



NOTA: Este libro es una versión corregida, tamizada y extendida, distinta a la primera versión del 2018, el que me atreví a publicar independientemente cuando suponía que la literatura se ceñía solo a contar y no me preocupaba del lenguaje. Este libro es, quizá, un intento de mejorar el sentido de las palabras, de perturbar las frases, de arreglarlo todo.

Las desolaciones



I

Justicia! —gritaron, la indignación era un conjunto de sinsabores.

—¡Justicia! —arengaba Bárbara.

—¡Justicia! —reclamaban las cartulinas.

—¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! —trozaban las palabras, las masticaban, las escupían. Elevaron los puños, torcieron las miradas, mostraron los pies sucios.

—¡Justicia! —gritaron en un solo empuje, en un solo impacto.

La gente de El Trapiche surgió, no podían perderse la novedad. Algunas en sostén, otras en batas, en polos o en camisas de sus maridos, es que había una noticia por cubrir y una bulla que escuchar y que era un estorbo. Era la hora del descanso, el espacio en el que la mañana muere y debe ser digerida o expulsada en el baño. En la calle había morbo, rabia y una conocida: Bárbara, la que encabezaba la protesta. Pero dejaron la queja para después, para el instante en que la situación sea una anécdota mal contada, y sin más explicaciones que las de los carteles, se metieron a ser parte del evento.

Los que vinieron luego (los que dicen que tienen pudor, pero yo no les creo nada), corrieron al alambre a ver si la ropa estaba seca. Y hubo otros que se remangaron el polo hasta la raíz de las tetillas o se desabotonaron la camisa o la colgaron en el hombro como cualquier trapo de cocina. Todos al final hicieron lo mismo: mirar, indagar, asentir, escupir, renegar, culpar, inculpar, discutir, cruzar los brazos, pormenorizar, es que se daban el lujo de los reporteros. Y qué más se necesita para serlo, dime tú: deducir, informar y comentar.

Sencilísimo.

Por eso hay un montón de gente con una mesita, una silla, un micrófono y un panel de fondo, y hacen un programa de televisión, se computan conductores o periodistas con derecho a hablar, a usar la libertad de expresión como usan la meada o una moto. Y no importa si hay lluvia, sol, ventarrón o temblor, todo se soporta; la panza puede ventilarse; la lluvia moja, pero no mata; el ventarrón pasa apurado, vuela techos, pero no cabezas; y el temblor asusta, raja paredes y se aguanta. Lo que quiero decir es que ellos se compraron el lío y fueron a la primera línea, a ponerse lentes de sol y corroborar que estaban en lo cierto. Aunque si vemos bien, lo cierto no tiene fin, la historia se ha torcido, y la vida, incluso, la vida es incierta, la cosa es que ciertamente se fueron a la casa de la familia Paredes Donoso, al 229 de El Trapiche, a la casa ancha, sin enlucir, esa que tiene aprox. seis de frente, un patio sin techar y unas rejas oxidadas que intentan darle un toque moderno, pero que solo sirve para que la naturaleza vomite el paso del tiempo.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

Bárbara saludó al público, mostró su conformidad. Cualquiera diría que se alegraría por el apoyo, pero no, solo hizo un gesto a modo de indicación, debían unificar el pedido.

—¡Justicia! —repitieron en desorden.

Bárbara dejó la arenga, tenía a la gente de su lado y procedió a hacer lo que debía: invadir la propiedad. Ella dijo que era lo justo y metió la mano en la puerta de fierro del patio. La puerta no estaba asegurada, jaló el picaporte. Agarró un cascajo de los tantos que estaban muertos allí, y lo envió a servir de algo, a volar. La fuerza hizo temblar el ventanal de fierro e hizo trizas una parte del vidrio que era como una tela para tapar el interior. Muchas señoras se contagiaron de la energía del instante y compartieron las ganas de demolerlo todo. Chichón, el vecino, trajo una escoba y destrozó el resto del vidrio que amenazaba con caer. Bárbara le tocó el hombro, jamás estaba de acuerdo con sus actitudes —que todos odiamos—, pero en ese momento sintió una conexión. Bárbara jaló aire y volvió a promover la destrucción.

—¡Tumbemos todo! —ordenó.

Pero era una exageración, incluso unas risitas se escurrieron sin que se diera cuenta. Bárbara solo quería que la familia Paredes Donoso la escuchara. Y ya que nadie repitió la consigna, regresó al principio.

—¡Justicia! —gritó.

—¡Justicia! —se escuchó que se regaba, estacionaba, caía y levantaba como el polvo de la calle.

—¡Justicia! —replicó Chichón, y la voz le salió grande, igual al escándalo que daba en las madrugadas.

Le dejaron desahogarse, ser el mismo idiota, el chusco. De todos modos, la justicia puede gritarse, puede escribirse, pero no se gasta, solo conspira con el deseo y no se cumple, y si se cumple, no es a tiempo. Chichón elevó un cascajo que contrastaba con la brutalidad de sus músculos y lo tiró contra la puerta. La puerta vibró, pero no cedió; las bisagras eran nuevas, el picaporte era nuevo. Bárbara hizo lo mismo. Chichón repitió la escena, pero la puerta seguía valiente, como un escudo; solo se asomaron un par de roturas, seguía a la defensiva. Bárbara elevó su pedido al cielo, le desquiciaba que nadie de allá arriba escuchara sus demandas.

—¡Justicia, Señor! —dijo, la voz se le quebraba.

Todos aplaudieron. La gente se preparaba para amontonarse en el patio, para darle fuerzas, pretendían tumbar la puerta, pero dos camionetas llegaron. Traían las sirenas elevadas, groseras y abusivas, y se metieron entre la gente sin pedir permiso. Se estacionaron frente a la casa de los Paredes Donoso. En un dos por tres, diez policías bajaron y empezaron a dispersar a los «alborotadores». Dijeron: «¡Ya, se acabó el drama, vuelvan a sus jaulas! ¡Ya pueden largarse, dejen de alborotar el gallinero!».

Uno habló con Bárbara y alardeaba de tener el poder de quitar la libertad hasta al presidente. Por supuesto, nadie se tragó el calmante. La justicia del pueblo, la que no está en los papeles, no se traga esos analgésicos ni con agüita de azahar. El propósito debe consumarse, la rabia está en las venas. Nadie está dispuesto a esperar el juicio, aquello sería quedarse a ver el mundo enve-

jecer y a verse enterrado. Ya imagina la que se armó, muchos se colaron, forcejearon, se insultaron, llegaron a la puerta y tiraron lo que pudieron.

Ni por el alboroto, ningún Paredes Donoso apareció tras la ventana. Chichón, el vecino que tanto queremos —pero ver lejos—, el que era parte de los estragos, creyó ver una cara asomándose en una habitación del fondo. Se alteró —y no estaba borracho—, y prosiguió con la lucha, lucha que hizo suya, como si la herida estuviera abierta en su cara. Pues aquí en El Trapiche, déjame decirte, como en los noticieros, como en todas partes, la gente se adueña de los problemas ajenos.

La trifulca se calmó, los policías ganaron terreno, pero no lograron que Chichón abandonara el patio. Lo dejaron allí, dijeron que era como una cosquilla en el sobaco. Se plantaron en la entrada y formaron una hilera, del mismo modo que hacen sus colas en el banco en días de cobro. Solo uno de ellos advirtió que Chichón buscaba algo al fondo de la casa, en la penumbra.

—¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! ¡Jus-ti-cia! —siguió propagando la gente en las narices de los tombos.

Alguien, no sé cómo, y tiendo a creer que fue la tombería, alcanzó a Chichón un pote de pintura. Bárbara desde afuera le dio aliento. Chichón desenroscó la tapa, se embadurnó el dedo índice, y empezó el trabajo que debía ser una muestra del poder de la palabra, del poder de indignación.

Dos policías, lo bastante educados para creer que aprendieron buenos modales, le invitaron a no proseguir —¿o fingían? Es que me gusta pensar mal de todo—, pero a Chichón le dio lo mismo. Él era un conocido de la carceleta, la conocía igual que a cada pedazo de su terreno.

La pared sin enlucir, junto a la puerta, bajo el medidor de luz, soportó cada palabra, soportó —¿y quién no?— la torpeza, el encasillamiento, la frase delatora, dura, amarilla, mal escrita:

**VIOLADOR
EL PUEVLO
TE ARA JUSTICIA**

II

El rumor del ataque se había voceado desde el día anterior. La familia Paredes Donoso lo supo. Sabía que iban a gritarles el delito en la puerta, que debían soportar.

¿Y cómo no hacerlo? Si en la noche pagaron, apenas, el pasaje del acusado. Después de los gastos de la abogada, no les quedaba nada más que ochenta soles para el resto del mes, y recién marzo cumplía seis días.

Fue una despedida sin lágrimas, apresurada, como si se expulsara un perro. Sonia, su hermana, regresó a la casa a recoger lo poco que quedaba del acusado, y él ya no tenía nada que agregar, ni agradecer, solo escuchó las indicaciones.

—¡Desaparecerás! —dijo su padre.

—Tu tía lo sabe todo. ¡Así que aguanta! —determinó la madre.

La vergüenza estaba metida en su sangre; él miraba el suelo. Las palabras de sus parientes, que debieron herir sus sentimientos, no se comparaban a lo vivido en la comisaría. Definitivamente los golpes son inolvidables, no las palabras, como se dice. Soportó bofetadas, insultos, varazos, puntapiés, y no sé por qué no lo mataron.

—Peores cosas van a venir. El día que vayas a la cárcel te harán de mujer —dijo un policía.

Los padres notaron las lesiones, pero no querían afrontar otra denuncia, continuaron el plan. Por su lado, la hermana no estaba de acuerdo; para ella, él debía asumir las consecuencias como el medio hombre que era.

—Ahí tienes tu ropa —no era capaz de buscarle la mirada—. Por tu culpa me aborrecerán en toda la ciudad.

Desde que la abogada logró sacarlo de la carceleta, la familia Paredes Donoso andaba descompuesta, la vergüenza la ahorcaba a cada instante.

Al salir, atravesando una lluvia de arena y basura, se embarcaron en un motocarro y fueron hasta la casa de la abuela ma-

terna, en una calle lejana de El Trapiche. Por supuesto, la abuela no quería saber nada del nieto, ni del infierno que vivía. Y no salió a recibirlo, ni se alegró por la visita. Lo ocultó por piedad.

—Yo no he parido ni he criado maricones, ladrones, violadores ni prostitutas —dijo finalmente.

En el aeropuerto, al primer llamado del vuelo, lo empujaron a la sala de espera. El temor del ataque era un tema pendiente. No querían escándalos internacionales. Llevarían el luto a puerta cerrada.

Volvieron a casa de madrugada, como a las dos. El vuelo fue temprano, pero con el dolor atajado en las tripas, indispusieron su retorno hasta que la gente se durmiera. Se quedaron a esperar en un banco, afuera del aeropuerto, a esperar el olvido, el paso de las horas o un milagro que mágicamente dejara sin memoria a medio mundo.

Para su mala suerte, (si es que existe. La suerte, me parece, es una invención para maquillar los fracasos), Runamula, un borrachín que vive aquí cerquita, el que anda declarando su amor a los postes y pelea con las moscas y los zancudos, los vio entrar, aprovechando la pobreza de alumbrado público.

Primero, Sonia; luego, Alinda, la madre; y, por último, Víctor, el padre. Así que, al presentir la cruzada que llegaría en la mañana, trancaron la puerta, cerraron las ventanas de vidrio y se escondieron en la habitación que pertenecía a los esposos. Con esas ojeras negrísimas que nos sale de la preocupación y la culpa, se juntaron sin decirse nada, en el colchón de paja de dos plazas.

La bulla los despertó. Sonia se pegó más a la cama, se hundió, se tapó la cara con la cobija y lloró. Alinda, en su intento de calmarla, atrajo la pena, y también lloró. Víctor sacó la cabeza, como una víbora, cobarde y traicionera.

Los vidrios estaban sueltos en la sala, junto a los cascos con los que pretendía construir el patio. Escuchó la voz de Chichón, del vecino que todos detestan, que tragan, pero no escupen. Chichón aseguraba que una mujer sacó su cabeza en el fondo, que estaba chismeando. Víctor se enfureció, preparó su

mentalidad, se dispuso a confrontarlos, a romperse los dedos, a proteger a su familia, a la familia que ya estaba habituado a proteger.

III

Desde pequeño, el chibolo entraba y salía de la casa de Bárbara Sinti. Era amigo de su hijo Alcides. A decir con exactitud, era su contemporáneo. Fueron juntos al jardín Jesús de Praga, a la primaria Meneleo Meza López y ahora estaban en el segundo año en el Colegio Nacional. Bárbara Sinti lo atendía como a un hijo. A veces le invitaba a comer y a pasear. Confianza de vecinos, lo común en la zona. No había necesidad de pedir permiso. El chibolo entraba sin anuncios, directo al cuarto, donde se lucían las camas al estilo de los hospitales. Es más, puedo afirmar que, en la actualidad, pocas personas piden permiso; se anuncian, dicen, por ejemplo, puedo pasar, pero ya están adentro. Chabacanería, ya sabes.

Bárbara Sinti, te decía, tiene otro hijo. Alcides, es obvio, quiere a su hermano, jugaban bastante al fútbol. Pero cuando Alcides no estaba, con esa confianza que te digo, su amigo lo sustituía. Llevaba al pequeño a su patio y peloteaban por horas. Después, le conducía de la mano a interior de la casa, a tomar agua, a corretear en los cuartos, a saltar en las camas, eso es lo que dijo.

Bárbara Sinti es muy confiada también, estos tiempos no es para confiarse ni de la sombra, porque esa loca se pierde. Bárbara Sinti a las seis y tantos, de nochecita, iba a buscar a su hijo. «Esa hora mi bebé tiene hambre», confesó llorando en la comisaría. Pero aquella vez, el día del que te cuento, él lo trajo temprano.

Bárbara sospechó, vio a su hijo muy incómodo, muy asustado. Entonces, su intuición de madre, la corazonada que todos tienen cuando se anuncian las desgracias, se puso frente a ella. Pensó que era una herida, un rasguño o un corte que podría aver-

gonzarlo, pero no encontró nada. Presionó los dientes, estrió la frente, respiró fuerte, supuso que venía lo peor. Revisó a su pequeño, donde pensó que nunca iba a revisar, y encontró sangre en el calzoncillo del hombre araña. Jamás en mi vida he visto a alguien lamentarse de esa forma —ni a ese imbécil de Chichón—, el lamento de Bárbara, les aseguro, fue el más horrible que he escuchado en mi vida.

El pequeño lo confesó, y sé que no es fácil escuchar esto ni decirlo, pero lo dijo, dijo que sentía que le ardía, que le dolía. Sin esperar otros detalles (de solo contártelo ya me amargo, y no quisiera estar en esa posición, yo voy y mato al zamarro), Bárbara Sinti cruzó la calle. La puerta del patio del vecino estaba abierta. Pasó, tocó la puerta principal. La señora Alinda salió con la sonrisita a atender. Bárbara Sinti reclamó, la voz se le escuchaba molida.

—Su hijo Numerio violó a mi niño de dos.

IV

Víctor, el padre de Numerio, respondía a la gente, conchudo como siempre. Los policías llevaban de las extremidades a Chichón, y aunque suele ser tarado y bravucón, muchos se opusieron, cerraron el camino. Dos de ellos, los que estaban sujetándole los pies, lo soltaron, y prepararon el show.

—No permitiremos que nadie haga una estupidez —dijo uno.

—¡No se acerquen! —advirtió el otro.

La justicia, para tipos así, no vale ni para trapear el piso. Y quiero entender que necesitaban justificar su sueldo. Mientras que Chichón resistía, pataleaba y maldecía, esos cobardes, escondidos tras el casco y las gafas, gasearon a todos, demostraron que no toleran a la gente común, o como señalan: «Es mi deber, señores. Son órdenes».

Los vecinos se dispersaron, nadie aguantó la quemazón. Los demás policías subieron a Chichón a la camioneta. El loco de Chichón resistió en el borde. Y de un empujón, como se tira la basura, lo metieron y atenazaron. Casi volando, los que gasearon, subieron a la camioneta y le presionaron la barriga con las rodillas. Como si fuera el que cometió el delito, se lo llevaron. Así es el país, protege a los malditos, a esos zánganos que merecen la castración. Mientras que Víctor, el papá de Numerio, otro desgraciado, miraba el traslado de Chichón, tenía el aire de un triunfador, de un tirano que manipula a un país. Soberbio, se quedó en su ventana a responder los insultos. Una fila de policías escudaba su casa.



Historia de un palurdo desahuciado

Mi tío entró al quirófano y observó la luz que quería ingresar por una ventana. Una luz que era el reflejo de la poca vida que le quedaba. Lo sedaron y el palangano pensó, quiero creer, en su comportamiento y en mi abuela y abuelo. ¿No dicen, pues, que antes de la muerte se ven a los que amas? La amputación de la pierna era un hecho, algo que debió cambiarlo, que debió convertirlo en un hombre bueno, mostrarle otra perspectiva de la vida. Pero no, su conchudez siguió, su rebeldía estaba intacta. Creí que sería cariñoso o que algo de respeto iba a mostrar a la familia. Pero no, nos culpó, nos puteó. Y eso que la amputación no fue culpa nuestra; fue suya, por descuidado, por idiota, por imbécil. Y qué si lo insulto, es mi tío, y se lo merece.

Si tan solo hubiese escuchado, si no hubiese permitido que la picadura del zancudo se infectara, otro sería el cantar.

En una semana, la picadura en la pierna —hubo otras sin llegar a la infección— se convirtió en un monstruo. La picadura hizo su casucha, su familia, su imperio, su mansión, su pista de aterrizaje, gobernó y colisionó con unos rebeldes que retrocedían, con la piel, con la carne y con el hueso, y se encendió la guerra, se regó el dolor, mi tío dijo que le quemaba. La herida era una llaga con ramificaciones, venas sobresalientes e insectos que nacían, llegaban y partían. Pero mi tío, como la mula, mandó al demonio el tratamiento, chupó dos cajas de cervezas, celebró el aniversario de El Trapiche y almorzó chancho frito, como si nada pasara.

—Al menos, si voy morir, moriré bien comido y bien cagado —dijo, con el plato servido.

La familia tomaba de buen ánimo la ocurrencia, era como un chiste, un pasaje de cómico ambulante para contar en el futuro, pero mi primo de seis no se aguantó. No lo dijo públicamente, esperó la noche y saltó en su panza, le pidió aprecio, le pidió amor, le enseñó a luchar. Por eso pienso que la amputación fue solo el principio de la caída sin ceremonias, la caída de un «guerrillero», un payaso —con el perdón de los chistositos—, un derrochador de la vida y el dinero.

En su infancia, mi tío aprendió lo duro que era vivir. Mi abuelo, su padre, Dalio Grefo, batalló a manguerazos contra la ignorancia de un hijo que se negó a estudiar. En ocasiones, mi abuela, ya muy enferma por lo mismo, le calmó el coraje.

—Déjale. Tesorito ya crecerá. Los niños son así, ya se dará cuenta de su error.

Pero Tesoro, mi tío, que no brillaba en nada y para nada, y que debió llamarse bronce, plomo o plata, jamás se arrepintió, ni de completar la primaria. Dalio Grefo, mi abuelo, no soportó la rebeldía y le dejó que viva del aire, porque era gratis.

—Si algo llega a pasarte, Tesoro, yo me desatiendo —fue el último regaño que dio.

—Pero, viejito, no te preocupes, la gente vive de los negocios —respondió a su padre, todo bravo, medio delincuencial.

Y nada capturó el interés de mi tío Tesoro.

Se supone que el hombre crece, se desarrolla, madura, procrea, piensa y muere. El caso de mi tío Tesoro fue de esas rarezas, de esos estorbos que aparecen en muchos lados: creció, su cuerpo cedió, se alargó y se enanchó. Por fuera, parecía grande, maduro, un hombre de bien; pero por dentro, dentro de la cabeza, era un tipo insignificante, una pequeñez, un sin sueños, un simple, un vulgar, sin modales, un torpe, un ordinario.

Pensó en usar la poesía, en ser poeta, sin leer («Leer es para imbéciles», opinó. «Es perder el tiempo, es aburrido, se va de frente al postre, a escribir»). Pensó en miles de libros o plaquetas que se agotaban y leían en las esquinas, pero se detuvo en seco, no encontró las palabras ni los versos que se pudieran alejar de

las rimas, del regionalismo o el romanticismo. «El mundo es pequeño para mi talento», dijo. «Dentro de cien años me entenderán. Y no creo que viva tanto».

Se metió a un taller de teatro en la Alianza Francesa y no pudo montar una sola lágrima ni mostrar la cara de tragedia de un actor de Hollywood, apenas llegó a usar el enojo y la chabacanería de un actor peruano.

Meses se paseó con una guitarra en la espalda, pero nadie lo escuchó entonarla. La guitarra terminó en el depósito de la huerta, al lado de la bicicleta de carrera que no compitió.

Quiso ser karateca, pero no pasó del cinturón blanco. «Mis piernas sirven para el sumo», dijo. «Disciplina que nadie practica en este país». Allí, de taquito, alguien le dateó que podía ser samurái, y se consiguió una espada que sirvió como machete para desmontar la hierba.

Después, mostró las agallas de barrio al descargar una verborrea al vecino ladrón. Su voz tenía poder de mando, de militar. «Mis gritos alteran y sirven para dar miedo a todos», razonó. Se detuvo un toque. Creyó que tenía lo que buscaba, consiguió unos guantes de box. Sospechó que el manejo de la labia iba de la mano con el puño. Empezó a romper narices y amaratar ojos a los chicos del barrio porque le miraban de costado o a pedido de otro, previo pago. Se computó superhéroe, mi tío, pero no se fijó que era considerado como un simple matón, como un vago.

Dalio Grefo, mi abuelo, acabó botándole a los catorce, harto de los reclamos de los vecinos. Pero mi tío Tesoro no se fue. Su vereda, en el 114 de El Trapiche, era su alba, y el parque Agua Sana (Sachachorro) su ocaso.

En Agua Sana, junto a las estatuas que estaban cansadas del bronceado, practicó el box con los más ranqueados. Ganó a todos, porque todos eran menores que él. Y el día que encontró la piedra que no esperó llegar, pero que le cayó en la cabeza, el día que el más bravo de entre los bravos, el cabecilla de los escándalos de las madrugadas, el día que el locazo de Chichón lo retó, la noche se le vino encima. Perdió. Sufrió. Le rompieron la jeta y

terminó moqueando. Bajo el dominio de Chichón, bajo su amenaza, abandonó el box. La derrota le bajó de su nube y abandonó los guantes junto al despojo de los otros oficios.

De miedo —mi tío Tesoro siempre fue un cojudo—, se atrincheró en la vereda. Cada vez que Chichón lo encontraba en la primera cuadra de El Trapiche, levantaba el puño y hacía el gesto de darse un golpe. Tesorito salía disparado hacia la falda de su madre, a esconderse como un bebito. No podía moverse de allí. Encarcelado en casa, en su cuna, succionando el chupón de la derrota, solo le quedó ser un aprendiz de timba, observando a mi abuelo.

Encabronado, mi tío reunió a los amigos que aún le hacían caso (aún existe gente que cree en los tarados) y dispuso el piso para ganar lo que sea: monedas, billetes, ropa, zapatos, sandalias, medias y llaveros estaban de su lado. Pero como toda repetición cansa; en un par de años se aburrió de madrugar. Y una mañana, de esas en la que uno se levanta de buen humor y se estira y truena el cuello, su hábito de «emprendedor» le regaló una idea: plantó una llanta vieja de camión bajo la vereda y pintó, en el contorno, con esmalte y letras que él dijo que eran góticas, otra de sus aventuras, según mi abuelo:

LLANTA SE PARCHA

Entonces, dado que ya tenía la idea, le faltó el material. Rebuscó en las herramientas de mi abuelo Dalio Grefo, que antes manejaba camiones. Mi tío Tesoro tenía mucho que aprender. Tenía diecisiete cuando empezó el negocio. Copia de un comentarista de un contrincante de cartas que terminó siendo su empleado y socio. El negocio era propicio, la pista era nueva y las motos empezaban a tomar esa ruta.

Mi tío Tesorito esperó, como un insecto, a los clientes. Nadie se plantó. «Es cuestión de paciencia y suerte», le comentó a su primer crítico. Mi abuelo, Dalio Grefo, acostumbrado al romanticismo que se hacía humo, se asó.

—Bah, bah, Tesoro, la misma cojudez de siempre. ¿Hasta cuándo tendré que aguantar tus aventuras? Madura, ya, zamarro.

Y le dio una lección que transformó el proyecto en un oficio con futuro.

—A los negocios no se les espera plastados como una lavandera, tienes que atraerlos. ¿Cómo crees que vienen los timberos? ¿Acaso crees que lo hacen por la amistad? Esos son amigos del diablo. Aquí vienen por el cañazo, porque creen que de borrachos hablan con Dios.

Las palabras fueron un río sucio de ilusión, un foco que aparece de la nada en los dibujos animados. Corrió a la casa del zapatero de la zona, un vecino que aseguraba ser un veterano del conflicto con Colombia.

—Véndeme tus tachuelas —le pidió.

Por supuesto, debido a su fama de antipático, Bemíbar Fuárez, el zapatero, se negó.

—Hijo, y te voy a decir esto con cariño, porque sé que no eres hijo de tu madre, sé que eres un gran hijo de puta. Dedícate a algo productivo, déjate de vainas, deja de enfermar a tu madre. Sabes, hijo, por eso prefiero las guerras, así el Perú tendría en qué usarte y desperdiciarte.

Mi tío Tesoro sonrió de incomodidad, se tragó el orgullo, estiró la mano, le mostró un billete y le ofreció todo por una bolsita de tachuelas. Sin protestar ni elevar su presión, Bemíbar Fuárez fue a su mesa, cogió el pedido y le advirtió.

—Espero que le des buen uso, muchacho. Pero, por favor, no me hagas competencia.

—No soy como los demás, señor. Yo estoy en otro rubro —dijo mi tío y recibió la bolsa.

—Es que la gente, hijo, vive de lo que otros inventan. En este país, los negocios son copias de otros y ganan más que el inventor —reflexionó Bemíbar y le dio el vuelto.

Veloz, como una rata, mi tío Tesoro dejó la casa del zapatero.

Esperó la noche, el abandono de las calles, el sueño de los vecinos y dispuso a su antojo la mitad de la compra, a lo ancho y largo de la pista. Al día siguiente, muy temprano, a la hora en que los gallos sacan a relucir la arrogancia y se creen porque son madrugadores, tocaron la puerta. Dos motos traían pinchadas la llanta de atrás. Enseguida llamó a su socio, otro vago que vivía al otro lado de la pista y que estaba dispuesto a seguirle las pen-dejadas.

El negocio se había direccionado, camino a tener sucursales (pensaba). Mi tío Tesoro empezó a manejar billetes como nunca, hasta más que mi abuelo. Apoyó en los gastos de la casa, hacia feliz a mi abuela. Y en lugar de ahorrar y guardar pan para mayo, mi tío prefirió despilfarrar la plata en fiestas sin sentido: en honor a la lluvia, al sol, a la llegada de un amigo de la infancia, porque debió festejarse el cumpleaños de la lora, porque mi abuela empeoraba, porque mejoraba, porque volvía del hospital, porque uno de los riñones funcionaba, porque la Navidad era dentro de una semana, porque Año Nuevo pasó rápido, porque soñó arroz, porque comió dulces en el sueño (señal de holgura, de mucha plata). Mi tío Tesoro no dejó escapar fecha para una chupadera de lo más atorrante con los amigotes que vivían como sanguijuelas pegados a él. Aquí, en casa, no existieron fines de semana de tranquilidad, en el que se podía decir, pero qué paz, qué relajo, y se podía tirar una siesta de dos horas. Nada. Todos los días, según mi tío, podían hacerse homenajes. En eso era estricto, pero en el amor, un desastre.

A los trece, mi tío Tesorito se asomó a la ventana de Brenda Gomosa. Le propuso, sin mucho floro, iniciar un romance, pero salió con las bolas rapadas. Su popularidad de baboso le pasó la factura. Mi tío odiaba lavarse los dientes y usaba un desodorante que empeoraba su olor. En lugar de alejarse, vencido y con el en-greimiento de un perdedor, que es lo correcto de un caballero, le mandó a comer tierra y caca de chancho. Desde entonces, supo que podía escudarse en el ingenio y la babosada, y comenzó a burlarse de la belleza exótica de las mujeres, que él, en lo perso-

nal, llamó «deformidades». Y si las chicas no las tenían, mi tío Tesoro se las inventaba.

Lavida Correa fue una de las víctimas. Tenía una nariz que destacaba, pero era hermosa. Mi tío Tesoro creyó que aquello era una debilidad para atraerla, le propuso andar de manos y de besos en la oscuridad, para evitar los comentarios sobre sus gustos raros.

—¡No! ¡Ni que estuviera loca! —respondió Lavida.

Lo que siguió fue el apelativo que se quedó en la conciencia de El Trapiche, y fueron testigos los que rondaban la vereda de Lavida.

—Lavida, ¡boca hedionda! Después de mí no te querrán ni los fumones de la otra cuadra.

Tiempo después, segurísimo de que esta vez sí le atinaba, mi tío antepuso su presencia en el camino de Moriel Lequerica. Moriel regresaba del colegio siempre a la misma hora y por el mismo lugar. Él estudió sus pasos. Ella era alta y tenía una belleza africana, y él no se achicó; al contrario, pensó que las mujeres altas adoraban a los bajos. Y con esa premisa de galán de cantina, la saludó, quiso ser cordial.

—Hola, guapa, siempre te veo pasar. Yo soy...

Una carcajada terrorífica lo dejó perplejo, le bajó el ánimo, pero aprovechó el instante y la elogió.

—Tienes una risa bonita. Yo soy...

La carcajada se extendió y algunos mirones se rieron. Mi tío Tesoro se agachó y comprendió que su intento no iba a ningún lado, que nada iba a sacar de Moriel Lequerica. «Pensé que eras como otras», dijo, y el bochorno se le subió a la cabeza, perdió la dirección.

—¡Moriel, cara de mono! —gritó.

Y en el instante que se apartó, escuchó a Moriel.

—No sabes lo que te pierdes, enano.

A los quince, mi tío siguió de cerca los pasos de Zayuri Yurica. Una joven agraciada, delgadísima y amigable. El día que decidió conversar con ella y establecer una amistad que, a su pa-

recer, tenía tintes de convertirse en un romance, Zayuri le puso un stop, enterada de sus tratos y su mal humor.

—Si me vas a insultar por no querer hablarte, debes saber que hoy, más que nunca, puedo arrastrarte de los pelos y barrer la calle si yo quisiera.

Nadie se atrevió antes a ofenderlo de tal forma. Mi tío arrugó la frente, y mientras Zayuri Yurica se alejaba, balbuceó: «Pierna de alicate». Imaginarse de escoba no le permitió elevar la voz, pero cada vez que ella se le cruzaba en la calle, el resentimiento renacía y murmuraba: «Pierna de alicate».

Esos son solo un cachito de las catástrofes en los amores de mi tío Tesoro. Si me extendiera, daría para muchas páginas, y muchos nombres saldrían a la luz y muchas cabezas rodarían mañana, y nadie quiere más problemas ni recordar nada. Recordarlas sería elevar el azúcar de mi tío y matarlo de presión alta. El fracaso, dijo él, es algo que les sucede a los ignorantes y es algo que nunca, nunca le sucedió. A veces quisiera ponerle en aprietos. Es que me molesta. Mejor dejémoslo así, son reliquias que tienen valor, aunque no lo quiere reconocer y nadie se lo dice. Es que fueron tantas las agraviadas y tantos los apodos que se volvieron famosos. Pero, bueno, el asunto es que mi tío creyó que nunca iba a tener alguien a su lado. Se equivocó. Como les dije, aún existen, y existirán, chiflados que intentan enderezar a los locos.

Bárbara Sinti Zapino fue la única que aguantó al disparate. Mi tío Tesoro la atrajo gracias a la tranquilidad de su rostro y a las risas que nacían del *floro* sin sentido. En menos de lo que anochece, vieron a mi tío en su vereda y, sin más que opinar, concluyeron que era el consentido de la familia. Aunque, en honor a la verdad, la familia de Bárbara Sinti Zapino jamás dispuso la sala para las visitas, lo apartaron al primer vistazo de su vanidad. O, quizá, ya sospechaban que en el futuro sería un apestado y no lo querían arrojando sus pestilencias cerca, junto, bajo, o encima de Bárbara.

Pese a las advertencias (y como todos ya sabemos: las prohibiciones son las que más nos gustan y se rompen), mi tío Tesoro convenció a Bárbara; Bárbara aceptó a mi tío Tesoro. Fue un romance extenso, rocoso, de vereda. Ella aprovechó al máximo el amor, pero no quiso recibir sus obsequios, no estaba interesada en las ganancias del negocio; Bárbara apreció su personalidad, su rebeldía, su sinceridad, su hombría.

Peleaban a gritos y sin llegar a los golpes. Y varias veces, alguien intervenía, intentó callar la frescura de mi tío y el carácter de Bárbara. Una sola vez, mi abuelo, Dalio Grefo, destinado a hundir sus engrimientos, le dijo:

—¡O te enderezas y la tratas como la dama que es! ¡O te rompo el ojete de un patadón que tengo guardado en la punta del zapato!

Mi tío Tesoro era complaciente con la crítica, la aceptó, pero es innegable que de nada valió, ni nada cambió. De la misma forma que jamás pudo entrar a la sala de Bárbara.

Tuvo que fallecer mi abuela para meditar y encarrilarse. Bárbara Sinti Zapino se alejó sola. Descubrió que la tosquedad no iba con ella. Descubrió que tenía mejores pretendientes. Descubrió que los ánimos decaen, pero que los mismos eran recargables, bastaba con tomar opciones, fijar otros propósitos. Decidió, el cuerpo no le dio para seguir, para soportar los berrinches de un racista. Decidió, el corazón, confuso y cansado, se despidió y decretó: «Los árboles torcidos no se enderezan». Y Tesoro, que ya pensaba en la descendencia, la miró desafiante y vomitó la fanfarronada, la mandó a parir sapos, a coger cocos, a encamarse con reptiles, a cultivar chacras y clavar clavos. Para él, los brazos largos de Bárbara servían para la cosecha y la construcción.

Mi tío Tesoro se desparramó de pena. La panza empezó a parecerse a una botija, y el rostro y la papada de rana le aseguraban una amplitud distinta al resto. La comida era descomunal: kilos y kilos de chanco; gaseosas de dos litros y medio en cada comida; kilos y kilos de cecina y tacachos grasosos; medio pollo a la brasa casi a diario, mayonesa, mostaza y ajíes encima; un

cuarto de arroz fuera del tono normal de sal; y cerveza, cerveza, y más cerveza. Se tornó ancho y el mundo corto para su amplitud. El peso le quitó salud, se agotaba rápido y remojaba las ropas de sudor. La gordura se esparció, se deformó. Mi tío era un desconocido frente al espejo.

Pese a todo, nada, absolutamente nada, le redujo el ego. Soberbio, invitaba a los ayudantes del negocio a chupaderas sin final. «Para pasar la sed, por el calor endemoniado», decía. Encendía el equipo de sonido a todo volumen y se pasaba de la raya. La primera cuadra de El Trapiche no reclamaba, lo tenían en la mira, como un grano que querían apretar, pero no podían; estaban hartos. Mi abuelo Dalio Grefo era el único que le dijo.

—Duerme ya. Los animales también descansan.

Ese respeto que no tuvo por la gente, lo tuvo por mi abuelo, a pedido, demás está decir, de mi abuela, cuando ya los riñones no le funcionaban y no le drenaba el líquido corporal. Ella le pidió cuidar de él, de su padre, de ese excamionero, de ese timbero incorregible; le rogó evitarle la molestia y, ante todo, de ninguna forma, faltarle el respeto o humillarlo.

La enfermedad le empezó de joven a mi tío, a los veintinueve, para ser exactos. Un vaso de cerveza calmaba sus dolores de cabeza. Nada de tragos naturales. Nada de siete raíces, anisado o huitochado. Nada relacionado con frutas tropicales o raíces milagrosas. Las detestaba y, de paso, odiaba a los borrachos del bar El Trapiche. Si le mencionaban el tema, se manifestaba en contra de la tacañería y la pobreza. «El siete raíces es para chancheros», juzgaba.

Calambres lo visitaban en las noches. Culpaba a los fantasmas, sacaba el cinturón negro y golpeaba el cerco del cuarto; los espantaba y castigaba, según él. El vértigo atacaba su labor de mecánico, caía de espaldas. Se levantaba, desorientado, iba a la cocina, se quitaba la grasa de las manos y manoseaba las ollas. Se servía enormes platos para tres. Comía lo que fuera, sin orden: pollo frito, chorizo, relleno de arroz, tallarines verdes, y cerraba el festín con cerveza. Mi tío Tesoro se zampó todo, tragó sin

medida. Satisfecho, continuaba inspeccionando el trabajo desde una banqueta sin espaldar, en trusa y polo remangado sobre la barriga. El sol sofocaba a todos. A mi tío, en particular, lo deshidrataba y asfixiaba. Entonces, bebía gaseosas. Todo era azúcar en las venas.

La desgracia se le colocó en las narices en el carnaval. La calle se cerró en las esquinas porque a mi tío le dio la gana. Habló con los vecinos, los convenció, clavó calaminas en listones, mandó a construir un escenario, contrató una orquesta tropical y cobró entrada a los que quisieron pasar.

Todo estaba en su punto.

Había axilas que ofendían y hablaban, agua helada y grasa de moto, borrachos y pintarrajeados, mamarrachos y decentes, danza y alboroto, amigos y enemigos. Mucha diversión, abundante cerveza y vasos rotos. Alrededor de las siete, mi tío Tesoro corrió hacia Bárbara, aprovechó la libertad, la locura, quiso amistarse. A Bárbara no le importó, el tiempo es estúpido, vacía la memoria, no transcurre por gusto, le siguió el juego. Bárbara era madre de dos niños. Ella, a la vez, jaló al padre de sus hijos. Formaron una fila frente al escenario, danzaron y danzaron, rieron y sudaron. Los músicos sabían que era el momento del frenesí, aceleraron la tocada. Mi tío Tesoro sintió el brote de una opresión en el pecho. Resopló. Quiso ignorar la molestia, pero no pudo contener el aire, se fue, cayó al suelo sin soltar el brazo de Bárbara. El marido de Bárbara detuvo la fiesta.

—Diabetes tipo II y presión alta. Es mortal, joven...

—Tesoro Grefo, doctor.

Contrario a la desolación que muestra cualquier enfermo, mi tío Tesoro estuvo sereno. Tuvo la seguridad de salir del apuro.

—Jovencito... —el doctor se incomodó, la actitud de mi tío era inesperada, acomodó la voz hasta convertirla en dramática—, necesita dieta, insulina y este tratamiento.

Una larga receta de pastillas para todo el día, ojeó mi tío Tesoro.

—¿Es necesario tanto ajetreo con las pastillas? No soy de horarios.

El doctor no quiso imponerse, solo le pidió seguir el ritmo para prevenir las dificultades.

—Es mortal —repitió.

—La muerte no me quiere, doctor. No quiere competencia en su reino.

El doctor quiso reír. Le invitó a visitar al nutricionista, un gordo de la oficina al otro lado del pasillo, pero el sarcasmo se asomó en los dientes de mi tío Tesoro. Mi tío era un condenado, un pendejo.

—¡Un panzón me hablará de dietas! ¿En serio, doctor? ¡Qué ridiculez!

Mi tío salió victorioso del consultorio, se creyó el ganador de alguna guerra.

—¡Qué vainas! Un barrigón, un sapo como yo, ¿me dirá qué comer?, ¿me enseñará a bajar de peso? —dijo en casa—. Ironías y verdades que nos muestra la vida: el maestro enseña a sus alumnos, pero no sabe educar a sus hijos; el albañil construye muros y no repara la fachada de su casa, vive sobre la mierda. Y si digo más ejemplos, terminarán odiándome los que venden menú.

Mi abuelo Dalio Grefo sí se preocupó, le suplicó que se cuidara. Pero mi tío Tesoro le contestó lo que siempre todo ordinario contesta.

—Papá, si voy a morir, moriré bien comido y bien cagado —y se dispuso a comer bistec, plátanos fritos y dos platos de arroz. De fondo, lo habitual, gaseosas.

—Tú mismo lo dijiste —insistió mi abuelo—: bien cagado. ¿No viste a tu madre? Vas a morir, cojudazo.

Todo era una ruina en la vida de mi tío, todo era un llamado a la muerte. Lo que no entendía mi tío es que la diabetes es traicionera. La desgracia llega rápido a los diabéticos. Aquel tipo de diabetes se alimenta rápidamente del cuerpo. ¡Cómo lo odia! Fíjense en él, nada más. No me vean a mí, no llegaré a tanto. Sé cuidarme, uso poca sal y azúcar.

Grasas: diarrea. Cervezas: dolor de cabeza. Gaseosas: apnea. Nada. Nada detuvo la ruina de mi tío Tesoro. Tomaba algunas pastillas y, de vez en cuando, se dejaba inyectar insulina. La vista se le diluía, se le borraban las imágenes, pero nada le cambió de parecer. Ni la joven Girena Baca Urdeña pudo controlarlo. Ni el hijo de ese amor logró detenerla. La enfermedad deteriora el cuerpo, se quiera o no, se le oculte o ignore, las enfermedades se muestran y las noches son sus malditas cómplices (díganmelo a mí, pensé que la enfermedad saltaría mi generación). Aquellas noches, sudorosas, agitadas, hiperventiladas, eran su martirio. En ese cuartito, con Girena Baca Urdeña y su hijo Marcos, mi tío, no quiso obedecer, esperó a la muerte de brazos cruzados. Eso me parece, pienso, y eso creo.

Todos le decían que se curara las heridas. Los zancudos y las moscas le seguían. Mi tío se rascaba las picaduras. Sus uñas largas y mugrosas las convirtió en heridas que demoraban en sanar. Al principio, secaban, y después de un tiempo de tanto rasparse, apestaban a perro sucio y mojado. Le quisieron dializar. Se opuso. Las llagas, sarna creo era, florecieron en la cabeza. No se entiende cómo Girena soportó el drenaje de la materia y el aroma en la cama. Mi abuelo le enseñó a tomar el agua hervida y macerada de doce hojas amarillas de mangua en las mañanas. ¿Hizo caso? A veces. ¿Se olía solo? No creo. ¿Y quién huele sus propias hediondecas? El panorama no era nada bueno. La pestilencia no se puede prevenir uno solo, es difícil notarlo. Tienen que avisarte, y a mi tío le decían. Y cuando le incentivaron a comer ajo para aniquilar el mal, ya no solo eran odiosas las heridas, a eso se sumó el sudor, se podría en vida. ¿Se bañaba? Difícil. Prefirió espantar a los curiosos con su aroma.

Girena le rogó que se hemodializara. Aceptó. Le colocaron el catéter en el pecho. La gordura se le esfumó. La enfermedad mostró el agravio en su cuerpo: se ahuesó. Y como no quiso compasión de nadie, se rapó la cabeza. Las ropas de obeso no las quiso cambiar, las mudaba. Mi tío parecía uno de esos payasos de ropas anchas, pero nadie le encontraba gracia, seguían compa-

deciéndose. Y él, dale y dale, dale que dale, hizo más parrandas con la convicción de un hombre saludable.

Aquel día que le iban a dejar inválido, era doce de abril. Muchos días minimizó la herida de la pierna derecha. La rasca-ba, puso cremas, aguantó el ardor y la inflamación que se escurría. Echó pus y oscureció. Solo se quejó de los adormecimientos y la parálisis detrás de la pantorrilla. En su terquedad, obligó a Girena Baca Urdeña a darle lavativas con malva. La herida persistió, el entumecimiento era mayor, la gangrena se extendió, y mi tío ni sanidad pedía a Cristo. Al contrario, unos pastores evangélicos, a petición de mi abuelo, visitaron la casa, quisieron convencerlo de entregar su caso a Dios.

—¡No me digan, hermanos! —se burló—. Ni a ustedes les escucha, ¡par de mentirosos! Si no dime —encaró a uno de ellos—, ¿por qué tu hermano duerme en la vereda y vive jalando terocal?

El visitante no respondió, tampoco se amargó; le insistió que llevará el corazón a la redención.

Mi tío Tesoro arremetió contra el otro, parecido a esos golpes duros que llegan en cámara lenta.

—Y tú, dime, si eres tan creyente, «hermano» —hizo las comillas con las manos—, si me acabas de decir que Dios todo lo da y todo lo quita, que sana y no olvida, que pone pruebas y te muestra el camino de la salvación, ¿por qué, bendita sea, no evita el sufrimiento y la miseria, las enfermedades y las desgracias? Pídele que me sane ahorita. Y sin pensarlo, sin pensarlo, escúchame bien, «hermano», me arrodillaré el resto de vida que me queda, y lo que es más difícil: dejaré de chupar y tragar.

Los evangelizadores, por lo general, no razonan contra las preguntas que ellos consideran ilógicas, no discuten contra las verdades que perturban al común de los humanos. A su entender y a entender de muchos, buscan refugio en las escrituras y apelan a la sabiduría de la palabra sagrada. Callaron y prometieron orar por la vida de mi tío cojudo. No se persignaron; enlazaron las manos, elevaron la biblia, balbucearon una oración sanatoria y

lo invitaron a sus reuniones de los domingos por si cambiaba de opinión.

—¡Iré! —dijo y cerró los ojos, cuando los evangélicos ya se iban, usando la cordialidad, la hipocresía que la gente usa a diario, y se quedó en silencio, en un largo silencio, como el que se antepone a los milagros. Pero después de un sobresalto, de la inesperada «conversión», añadió—: Iré, hermanos. Lo haré el día que Jesús se vista a la moda.

La terquedad era herencia de mi abuela. Mi abuelo Dalio Grefo no toleró el maltrato.

—Los hombres que, de buena gana, haciéndose un espacio en sus actividades, han venido a evitar que te pudras. ¿Es difícil aceptarlo, Tesoro? Mírate la hinchazón. Hijo de la gran... de la gran... Por respeto a tu madre, me voy.

A eso sumemos, nuevamente, el cuerpo relleno de líquido, el problema renal, no quería volver a la hemodiálisis de tres veces por semana. Mi tío se hinchó y palideció. Girena Baca Urdeña y su hijo le rogaron que se cuidara, que siga el tratamiento. Pero él se cerró, plantó un muro ante su exquisitez y envió al demonio a quien quería verlo.

El negocio, por otro lado, marchaba bien. Ya no metía la mano en la mecánica, solo ordenaba y cobraba. El exterior comentaba pestes de mi tío. Dijeron que era sidoso, que era tuberculoso, que la gonorrea estaba avanzada, que era contagioso darle la mano, que hedía a diez metros y que los gallinazos le sobrevolaban, esperaban su muerte sobre las calaminas de la casa. No le interesaban los comentarios. A cada mirada que le parecía antipática, soltaba gases y levantaba la pierna en cuestión.

El once de abril en la noche, a pesar de sentir que le faltaba el aire, bebió y comió como un náufrago, bailó, cojeó y bebió y bebió, discriminando la cerveza Cristal («como pueden tomarla, si es amarga, y si está caliente es más fea y da diarrea. Esta cerveza es para los cholos»), la temperatura y a los mirones. Los mismos que lo auxiliaron, lo acomodaron en un motocarro, lo condujeron al hospital y pidieron colaboración en el vecindario

para los gastos médicos. El doctor dio por sentado la hemodiálisis y la amputación.

Cuando fuimos a visitarlo, estaba despierto. Parecía desolado sin la pierna, pero seguía incorregible, bromeaba con todos de la habitación. Había unas ocho camas, cuatro a cada lado, recuerdo.

Llegué al hospital con Girena y mi abuelo. Mi abuelo Dalio estaba intranquilo y no quiso ingresar. Se detuvo en la puerta y tomó la mano de mi primo Marcos.

A mi tío Tesoro, sinceramente, no le interesó nuestra visita, ni siquiera respetaba la presencia de Girena, gileaba con las enfermeras. Ni el hedor de las heridas, ni la sudoración a ajos, ni la noticia de la etapa terminal de la enfermedad, lo detuvieron. Siguió, siguió y siguió en la casa, con el negocio, con las ocurrencias, con las maldiciones y los malestares cada vez más agudos, siguió en su ley de inmoral, de loco, de puto. La pierna mutilada fue solo el complemento de su reputación, porque es obvio lo que vino después, fue un palurdo desahuciado.



Mudanza

Abandonar un lugar lleno de agujeros que te miran, que vigilan y se alimentan de los desastres, un lugar propio, es irse al infierno. El porvenir se ve confuso, tiene voz y voto, te encara la pobreza y escupe polvo, te ensucia los deseos y los vuelve insípidos, apesta, sudas y hueles a indigente.

Pero intento voltear el panorama, ver lo positivo, quiero olvidar. Miro la ventana, las maderas carcomidas, huecas, los caminos, el sonido de la desolación, la labor de las polillas; luego, el silencio. Las polillas se esconden, se avergüenzan, saben que quiero aplastarlas, me temen y yo les temo, las respeto y ellas también me respetan. De nada sirve el deseo, trae más desidia, acarrea más pobreza; meto la cabeza, me escondo, me acobardo, pues me parezco a ellos, quisiera huir, quisiera volar, pero mis alas son cortas y el camino, aéreo, incierto, de infelices. Y, encima, sé que hay una necesidad, un riesgo que debo afrontar.

Y no hay salida.

La casa, las habitaciones y el baño, que son idénticos a los limosneros, con la mano extendida y sucia, mano que sufre pisadas y salivazos, tiene el agua hasta la coronilla, se ahoga con las lluvias, trata de salir a flote, rebalsa a las justas, y no hay cómo salvarla.

Culpable: el alcantarillado que apenas aguanta un chorrito de orine y no la furia de la tempestad; es decir, tenemos —mi familia y yo— un dineral enterrado frente a la vereda y no lo podemos gastar. Al menos que me vuelva pirata o ladrón y desentierre los tubos y los venda en Tacorita. Lo que no es mala idea. Lo he pensado, pero cavar es un lío en el que no me quiero meter. La excavación es para los mineros y para los que se dedican a cavar tumbas.

Solo queda irse, abandonar la casa, la que ya se vendió, pagaron una ganga, como si fuera una ropa de segunda mano. Y tenían razón: la despreciamos, pero duele, duele vender la única posesión que teníamos en la tierra, una casita que invadimos en los inicios del asentamiento. Debemos irnos, descolgar la ropa, amontonar la humedad en cajas y bolsas, y empaquetar lo demás en maletas y costales.

Mamá decidió, y se respeta, sin reproches. Aunque los hay. Todos tienen una opinión, pero sería injusto restregarlos. Es mamá. Mamá es pobre, y la entiendo, está cansada de vivir en esta casucha como una muerta de hambre. Además, nadie le ha ganado en una discusión hasta ahora.

—¡Lo vendemos, hijo, y que todo se joda! —sentenció, como juez en juzgado.

Pero yo pienso, me descoloco el coco, me raspo la cabeza y digo: «¿Quién tiene la culpa de esta derrota?».

Lo pensé como el héroe de la plaza que de por vida muestra su heroísmo. Gasté varias cajetillas de cigarros y duplicué mi sudor en la almohada. Pero no encuentro la respuesta, hasta creo que ya me oxidé. Sé que muchos culpan a Dios por todo. Levantan la cabeza al cielo, como si él escuchara a todo el mundo, al mismo tiempo, y le reclaman y se quejan y se golpean el pecho y lloran. Y a veces quiero creerles, pero si lo hago, tendré que disculparme, ser otro hipócrita, porque a él acudiré en busca de refugio.

«Debemos marcharnos. Lo sé», le digo a mi mujer, la calmo. Ella vive una tormenta que le cae en la cara cuando llueve, y tiene a la tristeza como escudo para increparme la vida que le doy.

Ella sí es una heroína. Soporta esta guerra, este sufrimiento, y todas las derrotas. Y aguanta mi insomnio, mis ojos que vagan en la noche; escucha mi respiración, que en esas horas cobran vitalidad, y empuja mi pie para detener los movimientos que ni yo sabía qué hacía. Aparte, le enoja que vaya cuatro veces al baño de forma escandalosa; pero no es mi intención, no soy

dueño del escándalo, la cama tiene los resortes viejos y chillan, se quejan del peso, de los problemas, de la hinchazón, del envejecimiento. Quise explicarle la situación a mi mujer, pero no me escucha, ella solo quiere dormir.

En cinco años, mi mujer aguantó las olas, el cauce de la lluvia/río que atravesaba la cama; las comidas repetidas, las presas pequeñas, las frituras que saturan las arterias, las ropas de oferta, recontra baratas, allá abajo en la plazuela de Belén, las que, sabemos, son donaciones del extranjero, de una ONG, pero que, de algún modo, terminan en ese negocio; las polillas que tienen una comunidad en los cercos y han parido hijos que no sacian su apetito de destrucción; las cucarachas —malditas idiotas— que vuelan y anuncian la lluvia que se viene y cae y hace temblar la casa; mi carácter de imbécil, el carácter que un instante baila, da unos pasos de salsa y cumbia, y al siguiente es un demonio que necesita exorcizarse; el embarazo no planificado, la crianza de Naomel; el baño sin futuro, el inodoro sin tapa, sin una pared que no cubre la intimidad como si lo hacen los calzones; la sala sin gracia, que es una mala copia de la prehistoria: bancas, tablas y piso de arena; los libros sin orden, acumulados en un estante, según los autores o mis ánimos de arrimarlo como sea; y lo peor, mis besos, torpes, sin poder de succión, tímidos, como los de un soltero que nunca se casará, que ni es feliz ni hace feliz a nadie.

Sí, le digo, lo reconozco, mujer, somos perdedores, somos infelices, la pocilga se desarma, ¡larguémonos!, empecemos de nuevo, comencemos del cero a la izquierda, y veremos si llegamos a sumar. Yo sé, las calles están saturadas de alquileres que son sanguijuelas y te presentan las casas como de estreno, pero que se estrenaron hace siglos, y que no puedo pagarlos. Ya, ya, ya, ya, ya, la escolaridad, los pañales, la ropa de la bebé. Dios, si García Márquez lo escribió, mejor que me lleve el viento.

—Mamá, ahora con deudas, ¿se podrá vivir en el desagüe?

—Ni espacio hay, Alex. Está atorado de tanta caca.

«Mamá, no la hubieses vendido», quiero decirle. «¿Adónde iremos?», pienso. Trazo una recta, imaginó el ascenso. Si llega-

mos aquí, abajo, al infierno; ahora nos toca escalar, hacia las nubes, al cielo. Fantasías para muchachos. Lo sé, pero en algo debo arrimarme, algo debe representar la fe, en algún lugar hay esperanza.

Mudarse es el término que trato de entender. Es un patrón que calma a sus trabajadores en protesta, dinero que llena el bolsillo de los mafiosos, una opción para los migrantes, el apuro que se genera en la existencia: largarse, dormir a medias y naufragar. Ahora mismo aborrezco la palabra. ¡Mu-dar-se! Es imposible no pensar en su toxicidad. ¿Y si busco quitarle el prestigio? ¿Si escribo a los dueños del idioma y les doy motivos para cambiarle una vocal? ¿Escucharían a un pobretón, a un maestro de escuela pública?

Nos queda una semana. Las lluvias, dijeron, serán comedias que debemos mirar y aprobar, aunque no causen risa. Y, de yapa, se viene el Día de la Madre. Tendremos que disimular, tendremos que retrasar las celebraciones, las que ya retrasamos hace años.

Recuerdo que llegamos aquí, al 353 de El Trapiche, cuando la vereda montaba a la calle, y la tierra parecía solidaria, que estaba de nuestro lado, que jamás se iba a malcriar. Años después, llegó la modernidad, las maquinarias, la obra del «desagüe», y la tierra se rebeló, tragó como nunca, se empachó y creció: está al nivel de la casa y nadie puede moverla. Se computa importantísima, y si viene la lluvia, se vacila, mete el agua a la casa y nos manda a «nadar».

Alguna vez propuse a los vecinos de El Trapiche construir una canoa para contradecirla o conquistarla, para llegar a la pista, a doscientos metros nomás. Todos se negaron y no entendieron la ironía. Ellos saben que los mástico, pero no los trago, y ni les importa esta forma de convivir con el desastre. Salen como pueden, siempre mojados. Los escucho renegar, los veo atorados en media calle, lindos, con sus pequeños en uniforme. Ellos esperan

la vaciante. Solo esperan y se ensucian o atraviesan la catástrofe. Puerca vida, digo. Vida de cerdos en dos patas.

Justo ahora estamos desaguando —para que se ilustren un poco—, espantamos a los sapos y vemos que matan culebras al otro lado. Encuentro mis ojotas perdidas y las tacitas de Naomel navegan rumbo al destierro. Es divertido este momento. En mi ridiculez, zozobro, y la zozobra resume la incertidumbre que acecha.

¿Y si mejor construyo una piscina para niños? Podríamos sacarle ventaja al problema. Ahorraría agua. Es una salida. ¡Una idea! ¿Válida? No lo sé. Y después, como todos los emprendimientos son ofensivos por aquí, me vendrán con el cuento de que propagaré cochinas. Me reiré. ¡Que no se hagan los cortos de vista, los que ahora comen en plato de porcelana! Delicaditos se creen, después que iban al Itaya a bañarse sobre la basura, junto a los trozos de heces que flotaban, que iban y venían.

Y me van a reprochar: «La corriente llevaba esos trozos para otro lado». Y yo replicaré, por fregar: «¿De qué creen que se alimentan los peces?». Lo que es una verdad que no quieren escuchar: se comen esos trozos, se comen las heces, y con gusto. Los pescados, que la mayoría compra en el mercado, ya fueron fritos o dieron sabor al chilcano. Y seguro torcerán la boca y arrugarán la frente, pero ni el asco les quitará el haberse chupado los dedos.

Qué alegría me daría decir esas cosas, sentiría tranquilidad. A veces es bueno desquitarse de lo que estorba, y ahora que ya no nos queda nada en El Trapiche, tengo unas ganas de vomitarlo todo. Mientras pienso, mejor seguimos con los baldes, con esos desánimos que dan la humedad y el barro que se pega a las sandalias y a los talones.

Lo bueno es que el dinero de la venta está en una cuenta bancaria. Días y días buscamos ofertas de alquiler o de alquiler-venta o de lo que pueda pagarse. Encontramos, al parecer, algo decente. Hicimos la transacción. Ya saben: cola en el banco, paciencia, más paciencia, llenar mil formularios, firmar ocho-

cientas veces, poner huellas, esperar el efectivo, soltarlo, mirar la sonrisa del arrendador, su felicidad que se desparrama ante el otro monto que le damos de garantía, «que será devuelta al irse», dice (¡adiós dinero!, tengo entendido que jamás sucede), firma en el contrato sin visar, recepción de las llaves, bienvenidos y bostezos. Vaya día.

Recuerdo la primera mudanza, la de los dientes, quitarlos de vergüenza y quedarse en desventaja, chimuelo, sonriendo con la mano en la boca, el tropiezo en cada masticada, el recibir la burla de la chibolada. Tiempos que adoraba, sin complicaciones, de veredas altas y calles secas. «¡Qué gracioso, piojoso! ¡Qué gracioso, barrigón! ¡Qué chiste, baboso!», así recuerdo defenderme y era feliz, y se resolvían las cosas a trompadas y solo tenía que regresar a casa y comer lo que sea en familia. No había cuentas. No existían preocupaciones.

Quizá así me defenderé, con los puños en alto y derecho, aunque la seña no sea bien vista y pertenezca a los camaradas, así sacaré el desfile de las cosas al carro de mudanza. Y no se vacilen, tengan piedad. Y si no pueden aguantarse, son libres, los entiendo, a veces la tragedia es chiste del pueblo. Y ya no me interesa lo que piensen. Algún día nos verán mejor. Ojalá que allá, en el cemento, las ranas sean sinceras y no se escondan.

Llegaron los estibadores.

—Apuren, tenemos mucho que montar —opino, doy confianza, calidez de hogar.

El camión espera, es paciente, pero el chofer se queja de barro, dice que enluta la salida.

Cargan y sudan. Cargan y sudan. Meto la mano, la espalda.

Cargamos y sudamos. Cargamos y sudamos.

Un viento llega de la nada, da frescura y temor, es un aire que avisa lo que no es propicio para el momento.

—¡Apuren! —grito—. Se viene un lluvión con toda su abuela.

Los estibadores se vacilan. Mi madre y mi mujer bajan la mirada. Naomel no deja de corretear con sus muñecas en la vereda. Voy a asegurar la ventana por última vez, las polillas me saludan desde adentro, dejan la labor, se despiden, aún las respeto. La cierro despacio, chilla, apenas encaja. No quiero arruinar su hogar, si empujo más, podría derrumbarse con todo el marco. Las dejo en paz, que fastidien a otros o que otros se hagan cargo de la calamidad.

Las nubes se vuelven violentas. Salgo y cierro los ojos, pido clemencia.

—¡Vamos! —grito.

Hay una oscuridad y un drama que debemos evitar.

El artificio



El dolor le empieza mientras tiende la ropa en los alambres de la huerta. No quiere darle importancia, aunque persiste. Désica respira delicada, suspira, se calma; el artificio está trazado: piensa escaparse al hospital, parir a escondidas, decir que va al trabajo, a limpiar la casa de un militar. Désica debe evitar los reproches y la rabia del marido, y se apura, se aproxima la lluvia de San Juan, que convierte en una quebrada a las calles dos y tres de El Trapiche. Y ella no desea atravesar la basura, el desagüe y la greda: el lodazal que el sol demora en endurecer y que la delataría. Es junio y, en este país, la lluvia cae más fuerte para los pobres.

Désica Casado Alagueño exprime los pañales de Nair, de un año y tres meses, y los punzones se le amotinan en el vientre. Sabe que llega el momento de correr al hospital, el que no está lejos. Veinte minutos en motocarro y mil horas de papeleo: esperar el turno en medicina general, pesarse, medirse la presión, ponerse en la fila de admisiones, esperar la impresión de los formularios, volver al tóxico, observar el llenado del formulario a mano, esperar en ventanilla el sello de conformidad para la gratuidad del seguro, sentarse en la banca larga, esperar al único doctor de la tarde, agarrarse el vientre, responder las preguntas del doctor, callar ante la amonestación por andar sola, esperar el dictamen, recibir la receta, salir a la calle Aguirre, colarse en la fila de la farmacia, esperar la búsqueda del farmacéutico, soportar el parto, lento, la bolsa del bebé que se rompe, el líquido que se escurre por las piernas, enterarse de la inexistencia de algunas medicinas, cruzar la pista, entrar a las boticas, preguntar, rogar que no sean caras, buscar el precio justo, aclarar el zumbido del oído, pensar que alguien la recuerda, gastar lo poco de la faena del día anterior, completar la receta, volver al hospital, esquivar choferes, regaños por atravesar la pista a la mitad, aligerar el paso,

meterse a emergencias, esperar la voluntad de una enfermera, el corazón humanitario del doctor, esperar adolorida, esperar, esperar y esperar, sudar en la colchoneta, gemir, desesperarse, gritar, sentir que la vida se va en parir, gritar, esperar impaciente, enojada, ante el aburrimiento de las pacientes de la misma habitación.

Désica Casado Alagueño apura la labor, después de pasarse la mañana entre el lavatorio y la cocina, le falta la mitad para colgar: los uniformes de primaria de sus dos primeros hijos, el vestido de inicial de su pequeña de cinco, los dos polos, las cuatro camisas, los cuatro pantalones, las medias y los interiores de Alipio Moncada Freitas, su marido; mientras él, Alipio, está clavado en la mecedora, duerme y se mosquea, frente a la bulla del televisor.

Alipio Moncada Freitas no sospecha. Ni se enteró de los últimos embarazos. Désica teme las palizas, se guarda el sentimiento de maternidad hasta que vuelve con el/la bebé.

¿Qué hace Désica Casado Alagueño para ocultar el embarazo por nueve meses? 1) No se queja de nada; 2) cumple las labores del hogar con la actitud de todos los días; 3) va al trabajo en la tarde y vuelve a la medianoche, de lunes a viernes, sin falta; y 4) tiene sobrepeso, y la piel que se estira bajo los senos, muestra al mundo la gordura de la que no siente orgullo, pero que disimula su propósito.

Alipio Moncada Freitas nunca observa lo que su mujer hace, pero le interesa cuatro cuestiones: 1) que su mujer vuelva puntual, pues si se pasa de la una, pierde la razón y lanza reclamos, puñetes y patadas; 2) que traiga medio pollo a la brasa y chaufa especial que los patrones le «regalan» y que corrige la falta; 3) festejar los fines de semana en casa de sus tíos, en el 316 de El Trapiche, siempre con Désica al lado, bailando, cantando y chupando; y 4) acusar —en media borrachera— a sus primos de mantenidos, cornudos o mandilones, y burlarse de los sueños en el que son mordidos por un perro o una víbora (pruebas de infidelidad), y agarrarse a bancazos y botellazos, y perdonarse la semana siguiente, en un círculo, inestable, de odio y amistad.

Precisamente, el primo Euclides, al acabar la noche del domingo y al sentir que le hirieron el orgullo y le encararon la verdad, («eres maricón», le dijo Alipio), le metió el bichito de la inseguridad, una realidad que la familia y todo el mundo en El Trapiche sabía.

—¡Tu mujer es puta! —gritó Euclides.

Con la pasividad que regularmente le caracteriza en la calle (porque en casa es un energúmeno, como todos que aparentan discreción y tienen dos personalidades), miró a Euclides, miró a los familiares, miró a Désica y notó una ligera incomodidad. Volvió a mirar a Euclides y le indujo a mostrar, en un plazo previsto, las pruebas, antes de destrozarle el cráneo a cabezazos.

Désica Casado Alagueño sale de casa, se apura, el dolor es evidente, pero no lleva el bolsón que se estila cargar en estos casos. Afuera, la lluvia suelta las gotas, duras y gruesas, y le duelen.

—Ya regreso —dice.

Alipio asiente, tiene la mirada dirigida hacia el televisor de catorce pulgadas, y no percibe la palidez y la sudoración de Désica. En el fondo le remuerde no haberla confrontado a golpes la noche del domingo. Alipio Moncada Freitas espera los detalles que debe llevarle Euclides, quiere demoler su relación de una vez.

Désica pasa por media calle de El Trapiche; muestra la alegría de una emprendedora, incansable, irrompible.

Minutos después, Euclides aparece en la puerta. Le abre mi sobrino de ocho. Se sienta en la mecedora junto a Alipio, pide disculpas y desempolva los datos con una seguridad de primera persona. Da forma, nombres, dirección y fechas.

—En una quinta, en la Moore para llegar a la 9 de diciembre, primo. Ahí trabaja, hay un chongo clandestino.

Alipio sigue impasible, meceándose, mira el televisor.

—Si quieres te llevo, primo, yo estuve allí. Tu mujer me vio. Chichón también la vio. Runamula la vio el jueves pasado.

Euclides espera alguna repregunta, alguna petición. Si bien Alipio se muere por rajarlo a golpes y los dedos presionan las coderas de la mecedora, la duda se despeja y no quedan motivos para hacerlo. En realidad, la ociosidad, la monotonía de cuidar a mis sobrinos —no estoy seguro si lo serán—, sentado en la vereda, y observar que la vida pasa y no envejece, le transmitió el pragmatismo, el ser positivo, ser creyente. Incluso, piensa, que es inútil volver a maltratar a Désica. Y, cree, que la cura del machismo se encuentra en la deshonra, en la vergüenza, en las puñaladas que le ponen contra la pared, en hallarse en la lengua y la risa de los vecinos.

Alipio Moncada Freitas asiente y asiente, suda, nervioso, y la pelea de Bruce Lee se vuelca en la sala, pero ya no es de su interés. Sin dejar de mirar la bronca, que se hace borrosa y pequeña al frente, saca a relucir su conveniencia, su resolución, inesperada.

—Mi mujer, primo... —un leve carraspeo le atasca la frase—. Désica, primo..., será lo que quiera ser, mientras mantenga esta casa.